

Antártica Inolvidable

por Constanza Barrientos Soto

¡Chicas! ¿Quién quiere ir a la Antártica? exclamó Moira Aicón en cuanto entró a la sala de clases del tercero medio. Moira fue mi profesora en el electivo humanista cuando estaba en la enseñanza media. Ella es todo un personaje, es de esas profesoras con tanta vocación que no te das ni cuenta y te traspasan sus pasiones, en este caso por la poesía. En un comienzo no sabía muy bien el significado de esa pregunta, pero me causaba curiosidad, así que levanté la mano y dije: ¡Yo quiero ir a la Antártica!

Moira nos explicó que se trataba de un concurso literario cuyo primer premio consistía en un full-day en la Antártica para la autora del trabajo ganador y su profesora guía. Específicamente, los ganadores visitarían la isla Rey Jorge, en la Península de Fildes, Territorio Antártico Chileno. Los interesados en participar debían escribir un poema, siguiendo el estilo de los Eco-poemas de Nicanor Parra... ¡Nunca en mi vida había escuchado lo que era un Eco-poema! pero de igual manera quería intentarlo. Así, empezó a correr el tiempo y fui avanzando en el trabajo con ayuda de mi profesora Moira. Después de varios intentos y correcciones enviamos el trabajo y... ¡A esperar! Confieso que en algún momento no le tomé mucha importancia al concurso, la verdad es que nunca se me pasó por la cabeza que podía ganar, ni muchos menos me imaginaba caminando por la Antártica. Y pensar que si no hubiese levantado mi mano ese día en clases, me hubiese perdido dicha experiencia... que loco.

Finalmente, recibí la llamada victoriosa. Después de las felicitaciones me dieron una primera fecha para realizar el viaje: 25 de diciembre del 2014. Ese día no pudimos viajar por motivos familiares, lo que nos dejó a la espera de una próxima oportunidad. Sin embargo, había un pequeño problema... ese era mi último año en Punta Arenas, mi ciudad natal. Me iba a estudiar a la Quinta Región, lo que dificultó aún más el encontrar una fecha en la cual poder viajar. Tiempo después, nos dieron fecha para el 5 de diciembre del 2015. Viajé desde la región de Valparaíso hasta Magallanes única y exclusivamente para realizar

el full-day en el continente helado, pero esta vez no se pudo por razones de clima, lo cual es entendible, por supuesto. En la aerolínea nos explicaron que la suspensión por mal clima era algo muy común en esos viajes. No podían arriesgarse a enviar vuelos con mal tiempo, pues cabía la posibilidad de tener que regresar a Punta Arenas sin siquiera haber tocado suelo antártico, debido a que la nieve podía cubrir toda la pista de aterrizaje. Y así regresé a la quinta región, sin un puñado de nieve, sin un pingüino, sin mi viaje.

Por suerte, la siguiente fecha que se nos entregó coincidió con vacaciones de verano, lo que era muy bueno pues sería más sencillo realizar el viaje estando en Punta Arenas. Se nos dio fecha para el 25 de febrero del presente año. Sin ilusionarme esperé el día, pasaron las semanas hasta que el momento llegó. Bien equipada me dirigí hacia el aeropuerto de Punta Arenas, me encontré con la profesora Moira y nos embarcamos. Hasta el momento todo marchaba de maravilla, sin ningún inconveniente. Desde el primer minuto todo fue diferente a como me lo había imaginado... primero nos habían dicho que los vuelos a la Antártica sufrían de mucha turbulencia, pero fue todo lo contrario... se movió menos que un vuelo nacional. También esperaba que hubiesen a lo más diez personas, pero no fue así: Habían casi treinta personas, once chilenos y el resto eran todos de nacionalidad rusa, debido a que una de las bases de dicho país en el continente blanco se encuentra al lado de las instalaciones chilenas. El vuelo tuvo una duración de dos horas aproximadamente, fue bastante tranquilo, no existieron mayores inconvenientes y comimos como reinas, cosa que es bastante rara en las aerolíneas de este país, ¡COMIMOS! ¡NOS DIERON COMIDA!

Cuando ya nos acercábamos a nuestro destino, lo primero que vi al mirar por la ventana fueron pequeños trozos de iceberg, los que iban aumentando a medida que el avión se acercaba a la Isla Rey Jorge, los iceberg estaban puestos con tanta precisión que parecía que alguien los hubiese ordenado a propósito en el mar, la verdad es que parecía otro planeta. Al bajar del avión con Moira quedamos sorprendidas, no había frío en lo absoluto, la temperatura era bastante agradable. Los jóvenes que nos guiaron en el full-day nos dijeron que fuimos muy afortunadas ya que el clima no había estado muy bueno, pero justo ese día se encontraba despejado, fue una gran alegría para nosotras. Cabe destacar que la

temperatura en la Antártica, específicamente en aquella zona, suele alcanzar varios grados bajo cero. Nosotras fuimos muy afortunadas, porque al aterrizar, los termómetros marcaban -3°C , una temperatura muy agradable para aquellas latitudes.

Una vez en tierra, los guías reunieron a los que éramos chilenos en un sólo grupo y nos contaron que como primera actividad nos dirigiríamos a la localidad de Villa Las Estrellas, junto a la base Eduardo Frei Montalva, de la Fuerza Aérea de Chile. En el camino tuvimos la oportunidad de conversar con los demás pasajeros, llamándome la atención el hecho de que la gran mayoría de los chilenos que nos encontrábamos realizando el full-day estuviéramos allí por trabajo o porque habíamos ganado algún premio, como era mi caso. Pocos eran los que habían viajado como turistas, debido al elevado costo que tiene un viaje como éste.

Después de caminar aproximadamente unos diez minutos llegamos al poblado chileno. Los guías nos mostraron las instalaciones, comentándonos que en él hay alrededor de 76 habitantes, entre los cuales existen profesores y científicos, y también familias completas que se van a vivir a la Antártica, cosa que pude comprobar con mis propios ojos. En medio del full-day vi a un par de niños de no más de siete años jugando en la nieve en sus trineos, fue una linda postal. Posteriormente visitamos la oficina del correo, la iglesia y el gimnasio de la villa, el cual en ocasiones es compartido con el resto de las bases, con las que existe una muy buena relación. También nos llevaron a la tienda de recuerdos de la base Rusa, donde se podían comprar suvenires ó simplemente, entrar a mirar. Al rato, visitamos uno de los refugios, en donde nos esperaban con chocolate caliente y muchas golosinas. Aprovechamos de descansar, reponer fuerzas y por supuesto, tuvimos la oportunidad de ir al baño, lo cual era un gran desafío debido a todas las capas de ropa que llevábamos puestas. Y por supuesto que en la Antártica también hay espacio para el amor... Lo pude comprobar al charlar con una de las azafatas de la aerolínea que nos llevó hasta la Antártica, quien nos relató su historia con un hombre de la base rusa y con el cual pronto se casaría.

Cuando ya habíamos descansado lo suficiente, nos volvimos a abrigar y nos

dirigimos al último y al mejor punto de nuestro full-day, los guías nos llevarían en botes zodiac a la isla de los pingüinos, para conocer a estos amigos más de cerca. Con Moira no lo podíamos creer, estábamos muy emocionadas. Nos vestimos, nos dirigimos a los botes y partimos... El trayecto era hermoso: agua cristalina, cielo despejado, miraba a mi alrededor y me parecía un sueño... observaba las montañas nevadas y sus siluetas parecían estar dibujadas a mano, una perfección que sólo la naturaleza puede entregar. Al llegar a la isla de los pingüinos, nos bajamos de los botes y se nos dieron las instrucciones: no podíamos botar basura al suelo ni recoger piedras de él, no podíamos acercarnos mucho a los pingüinos de papúa, ni mucho menos debíamos tocarlos... a menos que ellos nos tocaran primero. Todas éstas, eran medidas para no alterar el ecosistema.

Yo trataba de grabar en mi mente el paisaje, cada detalle, todo aquello que observaba, por más pequeño que fuese.. No sé si volveré a este lugar alguna vez, y no quiero olvidarlo. Después de varias fotos nos llamaron para que volviéramos a los zodiac, debíamos regresar a la base para tomar el avión que nos llevaría de vuelta a Punta Arenas. Nadie quería irse, nadie quería volver a la ciudad. La verdad es que antes de haber ganado este premio nunca pensé en la Antártica, nunca antes me había llamado la atención. Ahora estoy muy feliz de haber vivido una experiencia única, feliz de que se me haya presentado esta oportunidad, de haber podido valorar a este lugar tan austral y olvidado. Me gustaría que más gente pudiese vivir y disfrutar de esto... es un lugar hermoso, pero lamentablemente poco accesible e inalcanzable para la mayoría debido al elevado costo de los pasajes. Por esta misma razón espero haber logrado describir bien mi experiencia, ojalá que a través de mi breve relato la gente pueda conocer un poco más de este pedacito de manto blanco.

Y retornamos a casa, con un puñado de nieve, con pingüinos y con nuestro viaje en la memoria. Si pudiera describir el lugar en una sola palabra sería MARAVILLOSO y si pudiera describir la experiencia en una sola palabra sería INOLVIDABLE... Y pensar que si no hubiese levantado mi mano ese día en clases, me hubiese perdido dicha experiencia... que loco.

ooooo